

LA IMPORTANCIA DE COLOMBIA EN EL DESARROLLO DE LA POESIA HISPANOAMERICANA

GUILLERMO VALENCIA

Escribe: CHARLES LLOYD HALLIBURTON

Desde 1880 aparecieron en toda la América española claros indicios de un cambio en el gusto romántico. En la historia literaria se ha bautizado este cambio con el nombre de Modernismo. Intentemos una caracterización general. El rasgo dominante en estos escritores fue el orgullo de formar parte de una minoría. Tenían un concepto heroico de la vida; pero puesto que las circunstancias sociales y políticas de América habían cambiado, y ya no podían ser héroes de la acción, se convirtieron en héroes del arte. Lo importante era no sucumbir en la mediocridad. Había que desviarse enérgicamente de toda línea media. Cultivaban las formas, lo viejo tanto como lo nuevo, pero las formas mismas debían ser provocadoras, desafiantes, sorprendentes. Sus polémicas no iban, en verdad, contra el pasado —al contrario: les encantaba el pasado— sino contra el presente, contra un presente burgués de clisés, lugares comunes, perezas y pequeñas satisfacciones. La pasión formalista los llevó al esteticismo y generalmente es este aspecto el que más han estudiado los críticos; pero, con la misma voluntad de formas nuevas, los modernistas hicieron también literatura naturalista, filosófica, política y americanista. Cualquier esfuerzo espiritual les entusiasmaba, siempre que tuviera distinción.

Los modernistas aprendieron a escribir observando lo que el romanticismo tenía de elegante, no lo que tenía de apasionado. Pero fue el parnasismo francés la escuela donde los hispanoamericanos aprendieron a anhelar la perfección de la forma. Cuando ya los modernistas, con Rubén Darío a la cabeza, avanzaban triunfantes por las letras hispánicas, se enteraron de los triunfos que el simbolismo tenía en Francia en esos mismos años y, sobre la marcha, agregaron a sus maneras parnasianas, ricas en visión, las maneras simbolistas, ricas en musicalidad. Tanto en el verso como en la prosa ensayaron procedimientos novísimos. Ante todo, una portentosa renovación rítmica. Además de los ritmos de la lengua, los de la sensibilidad y el pensamiento.

Ya Guillermo Valencia de Colombia (1873-1943) había publicado su único libro original *Ritos* (1899) cuando conoció personalmente a Darío en París; pero en *Ritos* hay huellas de un conocimiento de Darío como

poeta. Sin vacilaciones, sin penosos tanteos, armado de pies a cabeza en su primera jornada, Valencia se colocó en la vanguardia de los que estaban transformando la poesía. No iba a ser un adalid vociferante: era poeta parco, escaso, apretado como un metal, que dio su gran golpe y se retiró para siempre. Después no hará más que traducir (su *Catay*, 1928, son poemas antiguos de China). Con corazón de romántico, ojos de parnasiano y oído de simbolista Valencia ofreció un mundo poético diferente al de sus compañeros. Si tuviéramos que ponerle un solo rótulo sería el de parnasiano por más que sus preocupaciones sociales y su cerebralismo no fueran lo que esperamos de esa escuela de pura perfección formal. Tenía el don de la definición lírica; o sea, que con un mínimo de lengua conseguía reducir a sus límites la imagen que se le había formado en su fantasía. Las palabras son como esos gránulos de arena que, en uno de sus mejores poemas —“Los camellos”—, se ciñen a la forma de un camello ideal y lo visten. Escogía las palabras con tal economía que a veces la definición, aunque inteligente, no es inteligible. Parte de su oscuridad resultaba, pues, de concisión; otras zonas oscuras lo eran porque el poeta y sus símbolos se metían en una selva misteriosa. Su catolicismo no basta para descifrar el misterio. En “Cigüeñas blancas” es notable el atrevimiento de sus metáforas dibujadas en croquis como con tinta china. Ahí nos insinúa su Estética, que parece consistir en crear problemas difíciles para resolverlos o, más aún, para quedarse frente a ellos, en absoluto silencio. A pesar de la perfección parnasiana de sus descripciones, Valencia no prescindía de sus emociones. En esto, más cerca de Leconte de Lisle que de Heredia. Enriquece cada verso con impresiones, y siempre quiere sentir más, como dice en su traducción del soneto de D’Annunzio: “¡Ah, quién pudiera darme otros nuevos sentidos!”. (“Animal triste”). Aun su espíritu de protesta ante las desigualdades sociales se abrió camino hacia su poesía, y en “Anarkos” desafió la gazmoñería burguesa con la fuerza con que su espíritu de reforma poética desafiaba las academias.

HAY UN INSTANTE...

*Hay un instante del crepúsculo
en que las cosas brillan más,
fugaz momento palpitante
de una amorosa intensidad.*

*Se aterciopelan los ramajes,
pulén las torres su perfil,
burila un ave su silueta
sobre el plafondo de zafir.*

*Muda la tarde, se concentra
para el olvido de la luz,
y la penetra un don süave
de melancólica quietud.*

*Como si el orbe recogiera
todo su bien y su beldad,
toda su fe, toda su gracia
contra la sombra que vendrá....*

*Mi ser florece en esa hora
de misterioso florecer;
llevo un crepúsculo en el alma,
de ensoñadora placidez;*

*En él revientan los renuevos
de la ilusión primaveral,
y en él m'embriago con aromas
de algún jardín que hay ¡más allá!*

GUILLERMO VALENCIA

THERE IS AN INSTANT

*There is a flash of twilight
when things are dazzling,
fugacious quivering moment
of tenacious intensity.*

*Branches become velvet,
towers polish their profiles,
a bird engraves its silhouette
over a soffit of sapphire.*

*The silent afternoon is submerged
in light's forgetfulness,
and a gentle gift of melancholy quietness
penetrates,*

*as if the world recovers
all its riches and its beauty,
all its faith, all its grace
against the shadow that will come...*

*My being blossoms in that hour
of mysterious flourishing;
I carry twilight in my soul,
a placid dreamer;*

*primeval illusionary shoots
burst forth in me,
and I grow drunk with aromas
from some garden that is... further on!*

GUILLERMO VALENCIA

tr. Charles Lloyd Halliburton